

El martes catorce de Octubre me fuí temprano á la iglesia del Santo Sepulcro, y tuve el gusto de decir misa en el altar dedicado á Santa María Magdalena, donde se le apareció el Salvador en figura de hortelano. Hé aquí el pasage sucedido en este lugar: (1) «Entre tanto María Magdalena estaba fuera llorando cerca del sepulcro. Con las lágrimas pues en los ojos, se inclinó á mirar el sepulcro; y vió á dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno á la cabecera y otro á los piés, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús. Digéronle ellos: «Muger, ¿por qué lloras?» Respondióles: «Porque se han llevado de aquí á mi Señor y no sé donde le han puesto.» Dicho esto, volviéndose hácia atrás vió á Jesús en pié; mas no conocia que fuese Jesús. Dícele Jesús: «Muger, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas?» Ella, suponiendo que sería el hortelano, le dice: «Señor, si tú lo haz quitado, dime donde le haz puesto y yo me lo llevaré.» Dícele Jesús: «María.» Volvióse ella al instante y le dijo: «Rabboni!» que quiere decir, Maestro mio. Dícele Jesús: «No me toques, porque no he subido todavía á mi Padre; mas anda, vé á mis hermanos y diles de mi parte: «Subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi Dios y vuestro Dios.» Fué pues María Magdalena á dar parte á los discípulos, diciendo: «He visto al Señor y me ha dicho esto y esto.»

Después de la misa fuimos á dar una vuelta fuera de los muros, por la parte poniente de la ciudad, saliendo por la puerta de Jafa: junto á ella al lado sur y á la izquierda del que sale de la ciudad, está una gran torre ó fortaleza ocupando el mismo lugar de la famosísima torre de David, construida por este Rey, para custodiar el monte Sion. Hoy habita esta torre un destacamento de soldados turcos. Saliendo de la puerta de Jafa, y dirigiéndose á la derecha hácia el norte, se ve entre la mencionada puerta y la de Damasco, el lugar donde acampó Tito, cuando vino á sitiarse la ciudad: esto es, donde estaba el grueso de la tropa armada, pues la tienda del mismo general, como ya dije, estuvo en la falda del monte Olivete. En este lado de la ciudad, estuvo también el campo de los cruzados cuando vinieron á tomar á Jerusalem: di-

(1) San Juan, cap. 20, versos del 11 al 18.

cho campo es una esplanada cubierta de olivos, que domina la ciudad por la parte poniente. ¡Qué triste es todo el aspecto de Jerusalem y sus alrededores! En todas partes se ve materialmente, la desolacion profetizada por Daniel. Todo seco, todo árido, todo melancólico: por entre aquellos montones de ruinas, de escombros y de basura, se ve una que otra gente, con la miseria pintada en los súcios harapos con que anda vestida, y en su semblante desfigurado por el hambre y la desnudez. Las mugeres arropadas desde la cabeza hasta los piés, con la cara tapada con un lienzo negro andando por los inmundos y estrechos callejones de la ciudad ó entre los montones de ruinas que en todas partes se encuentran, me parecian fantasmas de los antiguos habitantes de la ciudad, que salidos de las tumbas venian á ver sus habitaciones arruinadas; sus posesiones robadas, sus hijos y descendientes vendidos como esclavos; sus parientes y compatriotas dispersos en todo el mundo; su templo mancillado, destruido y profanado, sin haber quedado piedra sobre piedra; y su ciudad, en fin, subyugada y cautiva por los mahometanos. Me parecia escuchar todavía el eco de la voz inspirada de Daniel, que gritaba sobre la desgraciada ciudad: «Hasta la consumacion y el fin, permanecerá esta desolacion.»

Los horrores del sitio de Jerusalem por los Romanos en castigo del deicidio, se ven todavía pintados en el aspecto de la ciudad. El distinguido poeta D. Manuel Carpio, describe este acontecimiento con rasgos bellísimos en la siguiente composicion:

TOMA DE JERUSALEN POR LOS ROMANOS.

Sentada sobre estériles arenas	El sublime Jehová desde alta cima,
Está Jerusalem como un coloso,	Con terribles proyectos en la mente,
Cercada de trinchera y de ancho foso	Pasa revista á la romana gente,
Y de muros altísimos y almenas.	Vuelta la espalda á la infeliz Solima.

Ved allí parapetos y baluartes	Y manda que se muevan los infantes,
Que contra la ciudad alzó el romano,	Y que batan el muro los arietes,
Los contrafosos que escavó su mano,	Y que monten ligeros los ginetes
Las tiendas de campaña y estandartes.	Y que apresten las armas centellantes.

Y ved que el polvo sube á las alturas,
Polvo que alzan los carros y bridones.
Ved agitarse lanzas y morriones,
Ved relumbrar las graves armaduras.

Ya marcha por la izquierda y la derecha
Con paso igual la fuerte infantería,
Ya se oyé su confusa gritería,
Al atacar la peligrosa brecha.

Tito recore el campo de batalla
En medio del tropel de mil corceles,
Ya en el Gólgota está, ya en los cuarteles,
Ya pasa al Olivar, ya á la muralla.

Las huestes del ejército judío
Hacen de la ciudad una salida,
Causales tedio la penosa vida
Y el hierro esgrimen con heróico brío.

Furiosos y desnudas las espadas
Repasan las legiones enemigas,
Les rompen los escudos y lorigas
Y vuelan en pedazos las celadas.

La flor de los valientes de Idumea
Dejan tendida sobre el campo raso,
Y asuelan todo cuanto se halla al paso,
Y tibia sangre entre la yerba humea,

Por todas partes bárbaro alarido,
Por todas partes luchan las legiones,
Tintos en sangre están los batallones
Y muere el vencedor sobre el vencido.

Los guerreros ¡oh Dios! ardiendo en ira
Asaltan la ciudad por todo viento,
Y se oyé un pavoroso movimiento
Y venganza mortal todo respira.

Entran en fin revueltos, los gentiles
Con niños y mujeres, y pendones,
Y máquinas, infantes y bridones
Entre el polvo y los ayes femeniles.

Las cándidas doncellas, las esposas
Sin vida quedan en las anchas calles,
Sin gentileza sus graciosos talles
Y pálidas sus caras aun hermosas.

Así en el campo la amapola roja,
Al peso de la lluvia vespertina
El blando cuello y la cabeza inclina,
Y lánguida en la tierra se deshoja.

Felices ¡ay! felices las judías
Que no tuvieron hijos, y felices
Las que al yugo no dieron las cervices,
Las que no vieron tan amargos días!

Ya recorren las guardias pretorianas
Calles y plazas con espada en mano,
Y lleva el insolente veterano
Hasta el templo las águilas romanas.

¡Ay! ¡cuánta sangre y lágrimas y duelo
En el atrio y el pórtico sagrado!
Corre matando el bárbaro soldado
Para vengar al indignado cielo!

¡Espada del Señor enfurecida!
Entra en la vaina y cese la matanza—
"Tengo órdenes terribles de venganza.
¡Ay infeliz de la nacion deicida!"

Allá en el templo suenan los crugidos
De muchas armas y alboroto inmenso,
Y suben con el humo del incienso
Los cánticos sagrados y gemidos.

¡Ay! pintada en el rostro la fiera
Y con desnudo acero el legionario,
Al sagrado penetra el temerario
Con el morrion cubierta la cabeza.

Por todas partes discordante grita
Y súplicas, y llantos y matanza;
Queda tendido al bote de la lanza
El triste sacerdote y el levita.

Hasta el Sancta Sanctorum va el profano
Y allí con muertes su furor señala,
Y en la sangre del hijo se resbala
Su tierna madre y el atroz romano.

La infeliz multitud que en su amargura
Allá se refugió, murió ese día,
Y su sangre caliente todavía,
Al vencedor le daba á la cintura.

¡Espada del Señor enfurecida!
Entra en la vaina y cese la matanza—
"Tengo órdenes terribles de venganza.
¡Ay infeliz de la nacion deicida!"

Penetran á caballo otros infieles
Con inmensa algazara en el Santuario,
Y ven rodar ardiente el incensario
Hollado por los piés de sus corceles.

Del pontífice pisan la tiara
Y sus coronas de jacinto y oro,
Y heridos cerca del herido toro
Mueren los sacerdotes en el ara.

El sacrificador se descoyunta
Viendo cercano al bárbaro extranjero;
Este en el pecho le metió el acero,
Y por la espalda le salió la punta.

¿Por qué el Señor ardiente centellea?
¿Por qué tantas matanzas en Solima?
¿Quién manda alextrangero que la oprima?
¿Cuál es tu crimen, reina de Judea?

Sobre aquella colina que estoy viendo
Atormentaron á Jehová inocente:
Su sangre pura allí corrió caliente
¿Cómo estrañar castigo tan tremendo?

Allí sudó y lloró, y en su agonía
Tembló el Criador y desmayose el Fuerte,
Y allí le dieron sin piedad la muerte.
Dios, ¿qué le hiciste á la nacion judía?

Pónele fuego el enemigo impío
A la triste ciudad, fuego violento
Que se pinta en el rostro macilento
Del espantado y pálido judío.

Las llamas en ruidosos torbellinos
El templo envuelven hasta su alta cumbre,
Y allí se juntan á la roja lumbre
Columnas de humo, haciendo remolinos.

Penetra al interior el fuego intenso,
Y resuenan allí las llamaradas,
Y crugén las techumbres inflamadas
Y se desploman con estruendo inmenso.

Vista Jerusalem desde alto monte
La horrible imagen de un volcan presenta,
Que en la noche con ímpetu revienta
Y triste alumbra el lóbrego horizonte.

La ceniza caliente y la humareda
El Olivar envuelven y el Calvario,
Y hasta allá vuela el polvo del Santuario,
Y todo el campo oscurecido queda.

Acabaste, Princesa del Oriente,
 Antes gloriosa y de tu Dios querida,
 Despues monton de piedras y guarida
 Del escorpion, del tigre y la serpiente.

El árabe acampó con sus bagajes
 En tus grandes escombros solitarios,
 Y pastaron allí sus dromedarios,
 Y habitaron los pájaros salvajes.

Despues de nuestro paseo, nos volvimos, por la puerta llamada de Damasco, por donde salió San Pablo, ántes de convertirse, cuando se dirigia á la capital de la Siria, con poderes para perseguir á todos los cristianos. Las calles de la ciudad que conducen desde esta puerta hasta nuestro alojamiento, son lo mismo que todas las de Jerusalem, súcias, estrechísimas y torcidas. Llegamos á la casa nueva, y comimos temprano, porque en la tarde á buena hora, habiamos de ir á Bethlehem.

CAPITULO IV.

VIAJE Á BETHLEHEM—MONTE DEL MAL CONSEJO—VALLE DE GENNA—IDEM DE RAPHAIM—FUENTE DE LOS MAGOS—CONVENTO DE SAN ELIAS—ASPECTO RISUEÑO DE BETHLEHEM—CAMPO DE LA VIRGEN—SEPULCRO DE RACHAEL—DECADENCIA DE LA CIUDAD—CONVENTO DE LOS FRANCISCANOS—IGLESIA DE SANTA ELENA—GRUTA DE LA NATIVIDAD—IDEM DE SAN GERONIMO—IGLESIA DE SANTA CATARINA—MISA EN LA GRUTA DE LA NATIVIDAD—GRUTA LLAMADA DE LA LECHE—CASA DE SEÑOR SAN JOSÉ—PUEBLO DE LOS PASTORES—GRUTA DEL «GLORIA IN EXCELSIS»—CAMPO DE BOOZ—INDUSTRIA DE LOS DE BETHLEHEM—HOSPITALIDAD—TRAGES Y COSTUMBRES DE LOS BETHLEHEMITAS—ESTANQUES DE SALOMON—FUENTE SELLADA—HUERTO CERRADO—PROCESION DE BETHLEHEM—IMPRESIONES AGRADABLES—SALIDA DE BETHLEHEM—COMPAÑEROS DE VIAJE—FUENTE DE SAN FELIPE—SAN JUAN EN MONTAÑA—CASA DE ZACARIAS—CASA DE CAMPO—LUGAR DE LA VISITACION—ESCUELA DE LAS HERMANAS DE SION—GRUTA DEL BAUTISTA—LANGOSTAS—VALLE DEL TEREINTO—MISA EN LA CASA DE ZACARIAS—IGLESIA Y CONVENTO DE LA SANTA CRUZ—COLEGIO GRIEGO—VUELTA Á JERUSALEN.

Bethlehem es una poblacion que está al sur de Jerusalem, á cosa de dos leguas de distancia. El viaje lo habiamos de hacer en burro, pues no se crea que estos humildes animales, son tan desprecia-

bles como en nuestro país. Aquí, son vistos con mas aprecio; y todas las gentes, pobres y ricos, nobles y plebeyos los ocupan sin desdenar su vileza. A las dos y media de la tarde, estaban ya en la puerta del alojamiento, y luego nos pusimos en marcha. Saliendo por la puerta de Jafa, tomamos luego el rumbo sur. Pasamos cerca del monte llamado del Mal Consejo, porque allí fué donde, en una casa de campo, se reunieron los príncipes de los sacerdotes, cuando Caiphas dió el consejo, de que convenia que un hombre muriera por el pueblo, como lo refiere el Evangelio de San Juan, (1) «Entónces los pontífices y fariseos juntaron consejo, y dijeron: ¿Qué hacemos? este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y la nacion. En esto, uno de ellos llamado Caiphas, que era el sumo pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no entendéis nada de esto, ni reflexionais que os conviene el que muera un solo hombre por el bien del pueblo, y no perezca toda la nacion. Mas esto no lo dijo de propio movimiento, sino que, como era el sumo pontífice en aquel año, sirvió de instrumento de Dios y profetizó que Jesus habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion judaica, sino tambien para congregar en un cuerpo á los hijos de Dios, que estaban dispersos. Y así desde aquel dia no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir.»

El valle formado por el monte Sion al norte y el del Mal Consejo al sur, se llama valle de Genna ó valle infernal, porque fué donde Salomon, para contentar á sus mugeres, edificó varios templos á los ídolos. Dejando el monte del Mal Consejo á la izquierda se entra al valle de Raphaim, tan célebre por la batalla, que allí ganó David contra los filisteos, como se refiere en el libro 2.º de los Reyes, (2) «Luego que oyeron los filisteos que David habia sido ungido rey sobre Israel, se pusieron todos en movimiento para ir contra David; lo que sabiendo este, se atrincheró en una posicion muy fuerte. Entretanto los filisteos, habiendo avanzado se extendieron por el valle de Raphaim; y David consultó al Señor diciendo: ¿Será bien que

(1) Capit. 11, vs. del 47 al 53.

(2) Capit. 5. vs. del 17 al 25.